

Piel de lobo

Xosé Miranda

Algar Joven

Es hora de dar caza a la bestia

EL PERRO

Éramos tres en el valle. Mi padre, Fulxencio Nóvoa y Puga, yo, que os cuento estas cosas, y mi perro. Bueno, el perro no era mío, sino de mi padre. Y allá se iban los dos, desde mi más tierna infancia, días y días pateando el valle y los montes de los alrededores, a la caza de la cerceta y de la liebre, del zorro y el tejón. Se cuentan con los dedos de una mano los días que, en la temporada pertinente, no llegaban a nuestra mesa conejos o becacinas, unos jamones de jabalí o unas perdices en salsa de chocolate o en escabeche. No, el perro no era mío. Pero como si lo fuera. Nada más dejar a mi padre, se me acercaba zalamero, y vengan brincos, lametones, florines de alegría y revolcones. Aunque, para ser sincero, no contaba yo con tan pocos años el día en que lo trajeron a casa en un carrito cantarín, aún cachorrillo, regalo de un amigo de mi padre. Tendría yo unos diez años. Lo que ocurre es que antes de Bal había habido en casa otro

perro de la misma raza e iguales características. Mas, para mí, Bal era único. Crecimos juntos saliendo los sábados y domingos de otoño a pisotear la hojarasca, él husmeando y olisqueando, y yo sosteniendo como podía una carabina de madera que reproducía fielmente la 577 Nitro express paterna, y el uno se hizo mozo y el otro se hizo perro. Aquella noche yo tenía diecisiete años, y diez menos mi perro.

Bal era un perdiguero de pelo amarillo, de grandes y nerviosas patas, orejas caídas, de un vivo verdemar los ojos, y la cola larga y sin recortar. Yo, un jovenzuelo que se parecía a mi padre en los gestos, en los ojos azules y en la figura excesivamente flaca. Y mi padre, un caballero de largas piernas y fuertes manos, que paseaba mucho y holgazaneaba más, que malvivía de algunas rentas que iba cobrando, de lo que cazaba, de los productos de un foro que todavía percibía (aunque fuese parcial de los antiforistas y partidario decidido de la redención), de las pocas tierras que nos quedaban y de cuatro pomares y algunas vacas que, junto con unos ahorrillos que se había traído del Brasil, nos permitían ir tirando a base de remendar mucho los pantalones y de gastar poco los zuecos.

Aquel hombre, que había estudiado en el Seminario Conciliar de San Fernando de Ourense en el

mismo curso que el defensor de la lucha agraria Basilio Álvarez, que había dejado la sotana un año antes de ordenarse y se había ido a América para conocer tierras y hombres o para huir de sus vecinos y del runrún de las lenguas viperinas, sin duda había conocido tiempos mejores. En una ocasión, incluso, tuvo la oportunidad de conversar con un insigne naturalista, don Víctor López Seoane y Pardo-Montenegro, porque, a pesar de que mi padre era casi un niño, como quiera que fuese un excelente tirador, lo requirieron para que lo acompañase en una excursión por la sierra de Queixa. Y la charla con el naturalista le había reportado algunas ideas sobre los animales, ideas que mantenía contra viento y marea, enfrentándose a sus vecinos y contertulios de sobremesa, quienes, con frecuencia, sólo por fastidiarlo le sacaban el tema. Sin ir más lejos, mi padre negaba rotundamente que los lobos produjesen pasmo en los seres humanos y que las culebras mamasen leche.

De aquellos tiempos conservaba no sólo las ideas, que él llamaba liberales e iban desde el desprecio del clericalismo «que excomulgó al poeta Curros Enríquez» hasta el rechazo de los foros y la amistad con el cura Basilio —de hecho, él era el corresponsal de los agraristas en la localidad y el secretario de la Liga

Agraria—, sino incluso algunos libros que hojaba de vez en cuando y un par de buenas escopetas.

Y eran esas escopetas las que en cierto modo le permitían, aunque fuese pasando estrecheces, ganarse la vida y librarnos del hambre a mi madre y a mí. Porque, además de la caza, que ayudaba, y no poco, a mantenernos, a mi padre lo solicitaban a cada paso para que fuese a matar lobos. Lo llamaban de Viana, de Verín, de Vilariño de Conso, de Rodeiro. Y allá se iba él, con su tercerola Mauser Oviedo 95, bien guardada en su funda, por unos días o unas semanas, hasta que conseguía acabar con la plaga que devastaba los rebaños o con el gran ejemplar que atemorizaba a las gentes. Y durante dos o tres inviernos, no volvían a llamarlo del mismo lugar. Pero siempre había otro de donde lo requerían y, así, aunque el dinero no llegase para pagar mis estudios superiores, por lo menos pude acabar el bachillerato y llegar a ser lo que era, un mozalbete a la espera de que viniesen a reclutarlo y llevarlo a Marruecos. Cada cabeza de lobo le reportaba a mi padre cinco duros que pagaba el correspondiente concejo, además del costo de la pólvora y las municiones, los gastos del viaje y la estancia (que casi siempre era en casa del alcalde o de un concejal pedáneo). Mi padre tampoco hacía

ascos al cobro en especie, y se traía a casa gallinas y huevos, chorizos y cabezas de cerdo que le regalaban los agradecidos lugareños.

Nuestra casa se hallaba entonces muy alejada de las otras casas de la aldea. Sólo una quedaba cerca, situada en el mismo cerro, en la ladera que mira al sur, hacia el lugar donde se asentaba la mayoría, todas juntas, como protegiéndose unas a otras. He dicho nuestra casa y debería haber dicho nuestra media casa, pues sólo media era nuestra. La otra mitad pertenecía a unos parientes lejanos, y no porque el tatarabuelo que compartíamos fuese remoto, sino más bien por otras cuestiones que no vienen ahora al caso. Lo que cuenta es que yo nunca logré ver el interior de su parte de la casa, ni ellos el de la nuestra. Pero los ratones que se colaban de un cuarto a otro eran testigos de que la miseria de ambas mitades era parecida, y similares los desconchados de las paredes y la madera carcomida de las puertas. El tejado, que asimismo corría a cuenta de las dos viviendas, tampoco hacía distinguos, y en ambos lados faltaba pizarra, y las goteras de una y otra parte eran, más o menos, las mismas. Y, pese a llevar más de doscientos años en pie, aquella casa (o aquella media casa por lo que a mí concierne) era conocida por el nombre de

A Casanova, de manera que a mi padre le llamaban don Fulxencio da Casanova, y estoy por afirmar que la mayor parte de los vecinos ignoraban sus apellidos y, naturalmente, los míos.

Por ello me extrañó tanto que hubiesen venido preguntando por Fulxencio Nóvoa y por su hijo aquella tarde, ya con el sol agonizante y las sombras enseñoreándose del valle. Nos disponíamos a cenar después de una jornada de caza en un día que, pese a ser de invierno, había resultado muy largo y poco provechoso, en el que apenas habíamos conseguido un par de perdices (Bal las señalaba parándose y poniéndose tieso al pie de unas carrascas, en un retamar, apuntando con el hocico húmedo, temblando, jadeante, irguiendo la pata derecha) y en el que yo no había dejado de pensar en el desastre de Annual y en lo que podía depararme el futuro. Hacía ya unos años que, siempre que podía, acompañaba a mi padre a las cacerías, y en dichas ocasiones me dejaba disparar la tercerola, muy ligera, mientras él llevaba el pesado rifle 577 que se había traído del Brasil, donde lo había utilizado, eso afirmaba, para cazar onzas. No se me daba mal la cosa, y ya había en la comarca quien comenzaba a comparar mi puntería con la de mi progenitor. Nos disponíamos a cenar, digo, cuando

el perro se levantó del sitio que ocupaba al pie de la lumbre y se puso a ladrar, alertando de que se acercaba un visitante. Al cabo de un rato oímos el golpeteo de los cascos de un caballo al pie de la puerta, seguidos casi inmediatamente de unos enérgicos aldabonazos. Yo mismo salí a abrir y me encontré con un hombre alto, fuerte, grueso, cuyo rostro, por lo adusto, me pareció esculpido en piedra, con un poderoso cuello que hacía parecer pequeña la cabeza, y unos ojos que me miraron de hito en hito, aunque el color violáceo de las ojeras desmintiese la primera impresión y revelase la sombra de un cierto tormento, una angustia o, más sencillamente, la falta de sueño.

—¡Buenas noches! —dijo con voz aguardentosa—. Ésta es, si no me equivoco o no me informaron mal, la casa de don Fulxencio Nóvoa. Y tú debes de ser su hijo Xosé.

Silbaba el viento arrastrando la hojarasca y trayendo quejidos de los pinos y del enorme castaño del castañar, un viento frío que obligó a nuestro visitante a levantar las solapas del abrigo para protegerse.

—No se equivoca —le contesté—. Haga el favor de pasar. Si gusta acompañarnos, nos disponíamos a cenar ahora mismo. ¡Padre! —llamé en voz alta—, preguntan por usted.

El forastero aguardó a que mi padre se personase en la puerta.

—¿A qué debo el honor? —dijo en cuanto se acercó. El extraño le dio la mano y se presentó.

—Buenas noches, don Fulxencio. Soy Oreste Mor y vengo a buscarlo desde O Incio, un lugar de la provincia de Lugo. Tendrá que disculparme por lo intempestivo de la hora, pero acabo de llegar y tengo prisa por hablarle. Mucha prisa. Quisiera...

—Conozco el lugar —dijo mi padre—, y no porque haya estado allí, sino porque de allí era un compañero mío del Brasil. Pero no nos quedemos en la puerta, el tiempo está muy frío, juraría que de esta noche no pasa sin que nieve. Tenga la bondad de entrar y acomodarse, don Oreste. Descanse un momento mientras mi hijo lleva su caballo al establo, después ya me contará.

Llevé el caballo y, cuando volví, el hombre ya se había despojado del chambergo. Nos sentamos a la mesa y mi madre sirvió la cena. Entre bocado y bocado íbamos hablando y el hombre explicaba las causas que lo habían traído a nuestra casa:

—Como le decía, vengo de O Incio. Tal vez ustedes hayan oído hablar de la manada de lobos que este año campa por nuestras tierras.

–Algo he oído –dijo mi padre.

–Y seguramente habrá oído hablar del gran lobo que devora nuestras ovejas y nuestras vacas.

–He oído eso y algo más.

–Acaso haya oído que se comió a un par de niños y a una chiquilla que pastoreaba el ganado.

–Sí. Dicen que es un lobo enorme, que tiene ojos de fuego, que lo vieron cargando una oveja auestas, que sólo respeta una mano o un brazo de sus víctimas... Cosas que estoy harto de oír en otros lugares. Pero mire usted, conozco bien a los lobos. Casi nada de lo que se dice es cierto.

–Pues en este caso le juro que es cierto. El lobo se comió a los niños, se comió a la pastora. También se comió a uno que venía licenciado del servicio militar en África. Iba andando desde la Herrería. Jamás llegó a su casa. Sólo encontramos las botas y la maleta de madera.

–Eso puedo creérselo.

–Y el lobo no tiene miedo. Se presenta tanto de día como de noche. No teme al hombre ni al fuego. Por eso he venido a buscarlo. Usted y su hijo tienen fama de buenos tiradores. Aseguran que en todo el país no hay quien pueda comparárseles, que no hay lobo que se les resista.

—No tengo inconveniente en ir, si me pagan bien. Sin embargo, mi hijo... el chico todavía no ha cazado un lobo.

—Le pagaremos lo que pida. Tiene que librarnos de esa bestia. Y no se fíe, es mejor que cuente con la ayuda que le pueda prestar su hijo. También le pagaremos a él. Cobrará el doble.

—Déjeme ir, padre —intervine yo, ignorando las miradas de desaprobación de mi madre.

—¿Y la Guardia Civil? —preguntó ella, con el propósito evidente de impedir mi marcha.

—Le aseguro que batió el monte una y mil veces. Los vecinos también hicimos monterías. Pero nada, ni rastro del lobo. De otros lobos, sí, a porrillo. Pero ninguno es el que buscamos. Oímos hablar de ustedes...

—En el caso hipotético de que me determinase a ir —siguió mi padre—, en ese caso, ustedes tendrían que obedecer mis órdenes al pie de la letra. No quiero que ningún tontaina me espante el lobo.

—El lobo es grandísimo, negro como la noche, y mira con ojos de fuego —insistió Oreste.

—¿Cómo de grande? —preguntó mi padre.

—El más grande que haya visto jamás. Mide por lo menos dos metros y medio. No es un lobo como los otros. Tiene algo...